

GRAN ROMANCE  
DE DOS COPETONES

—  
QUE ESTUVIERON EN UN TRIS.  
—

I.

OVACIÓN.

Aquellos conspiradores  
De Alvarado y San Francisco  
Tornaron en apoteosis  
De Baz el duro castigo;  
Los groseros instrumentos  
De que se hallaron provistos  
Los coronaron de flores  
Damas y amigos solícitos;  
Y fueron los prisioneros  
Con sus mejores vestidos,  
Con diamantes en los dedos  
Y cadenas de oro fino.  
Al aspecto de la tropa,  
Al resonar de los gritos,  
Al escucharse los nombres  
De sujetos distinguidos  
El concurso fué creciendo,  
Se alzó clamor, creció el ruido,  
Y balcones y zaguanes  
Se cubrieron de improviso  
De gente que el escarmiento  
Juzgó villano é indigno,  
Frustrándole el entusiasmo  
De los pechos compasivos  
Y explotándole los *mochos*  
Con sus perversos designios.

II.

HONRA Y GLORIA.

De las casas opulentas  
Y de las humildes chozas  
Salieron ricos regalos,  
Ramos, palmas y coronas  
Para los que padecían  
Por Jesucristo y su gloria.  
La tropa obliga al trabajo  
Con respecto á las personas  
Que al desazolvar la zanja  
Se humilla y brama de cólera;  
Entonces se da un descanso  
A la tarea enojosa  
Y rápido cual por magia  
La calle sucia se torna  
En espléndido banquete  
Que disponen anhelosas  
Las mujeres infelices:  
Las opulentas señoras.  
Se tienden en las banquetas  
Y sobre las sucias losas  
Los manteles elegantes  
Con regio decoro y pompa,  
Y llovieron los manjares  
Con profusión generosa  
Para obsequiar á los presos;  
Entre laureles y rosas  
Los raudales de Champaña,  
Los torrentes de Borgoña,  
Halagaban á los reos  
Que el castigo vuelven honra.  
El tumulto y los aplausos.  
El entusiasmo, la broma  
Hacen de Baz y el Gobierno  
Caricaturas y mofa  
Y los guardianes del orden  
En situación tan penosa  
Ni pueden tirar sus armas  
Ni estar con ellas de sobra.  
Comofort dispone entonces  
Que á los presos se recojan  
Dejando á Baz en ridículo  
Y su poder en derrota.

## III.

## EN UN TRIS.

Comonfort está esperando  
 Sobre su sillón, inquieto  
 De Juan José la presencia,  
 Sus arrebatos extremos  
 Por la orden que reprobaba  
 Su conducta con los presos.  
 Yo por acaso me hallaba  
 En el despacho al momento  
 Que entró Juan José bramando  
 Y de la ira casi ciego.  
 Cerró la puerta con furia  
 Atropellando respetos  
 Al Presidente le dijo,  
 Con voz y tono soberbio:  
 "A Usted débil gobernante,  
 "A Usted el mal caballero,  
 "Le digo que se equivoca  
 "Creyéndome su estafermo.  
 "Usted á las vívoras pisa  
 "La cola como con miedo,  
 "Yo machaco sus cabezas,  
 "Así no nos entendemos,  
 "El paso y el contrapaso  
 "Sientan bien á un maromero  
 "No á un gobernante que cuida  
 "Los intereses del pueblo  
 "Y quiere andarse con curvas  
 "Dejando el camino recto.  
 Comonfort aunque sufrido  
 Rompió de prudencia el freno  
 Y furibundo interrumpe:  
 "Alto Juan José, silencio,  
 "Usted para mí no es hombre  
 "Usted lárguese al momento.  
 Y se encendieron los ojos  
 Y se acercaron los cuerpos.  
 Entonces acongojado  
 El desenlace previendo  
 Al ver relucir las armas  
 Me interpuse de por medio,  
 Y luchando con ahinco

Empujándolos del pecho,  
 "Mirad que os haceis indignos"  
 "Les dije de vuestros puestos,"  
 "Ved que el deber os impone"  
 "Lo noble y lo circunspecto."  
 Tienes razón replicóme  
 El Presidente, repuesto;  
 Y Juan José la melena  
 De cabello sacudiendo  
 Salió del cuarto en que estaba  
 Cual se aleja el lobo hambriento  
 Al desaparecer la presa  
 De sus instintos sangrientos.

## IV.

## RENUNCIA.

A Comonfort su renuncia  
 Mandó Juan José aquel día,  
 Los liberales rugieron  
 Brotaron mil anarquistas,  
 Y aplaudió el caso gozosa  
 La gente de sacristía.

## GRANDE Y ESTRUENDOSO ROMANCE

QUE EMPIEZA CON REBALUFIA  
Y ACABA CON UNA RAJADA QUE NOS DEJA FRIOS.

## I

## PROVOCACIONES.

Como aguacero de bombas  
Lanzadas sobre la tierra,  
Asonadas y motines  
Por todas partes revientan.  
Deja el labrador su arado,  
Cierra el mercader su tienda,  
De los caminos desiertos  
Se apartan carros y recuas.  
Los amigos más sinceros  
O se espían ó se acechan,  
Y no bien el horizonte  
Eclipsa una polvareda,  
Cuando tocan las campanas,  
Cierran ventanas y puertas,  
Y el terror de los vecinos  
Dominante se apodera.  
En la tendida llanura,  
En la inaccesible sierra,  
En la altura de los montes,  
En sus abruptas laderas,  
Alevosa, repentina,  
Se alza implacable la guerra

En todas partes dejando  
Ruinas y huellas sangrientas;  
Que cuando el rencor político  
Toma el traje de la creencia,  
La inquietud y la matanza,  
La misma muerte fomenta;  
Todo vínculo se rompe,  
Todo afecto se desecha,  
Y horroriza ver los cuadros  
Do la barbarie campea.  
Comofort infatigable  
Lucha con brava entereza,  
Pero con el alma herida  
Porque esa alma noble y buena  
A sus bondades llamaban  
Los exaltados flaqueza,  
Y de Baz con la renuncia  
Como contrarios se muestran.  
Serviles y moderados,  
Le urgen, le azuzan, le cercan  
Para que al código santo  
Que juró, la espalda vuelva,  
Y vera entonces á su Patria  
Libre, feliz y contenta.  
Payno que ve del Tesoro  
La incorregible miseria,  
Quejandose de la vista  
Renunciando la cartera  
A su habitación de campo  
Se retira, y se interpreta  
Como de hondo descontento  
Del Ministerio su ausencia.  
El ejército sin fueros  
Y que humillado pelea,  
Dentro los mismos cuarteles  
Da de descontento muestras.

## II

## CONFERENCIA.

De la hermosa Tacubaya  
En las empinadas lomas  
Se mira el tosco edificio  
Que Arzobispado se nombra

Y que ocupaba Zuloaga  
 En el tiempo de esta historia  
 Con su brillante brigada  
 De la capital custodia.  
 En un apartado cuarto  
 Que de cristales se forma  
 Y que era el grande oratorio  
 De aquella mansión famosa,  
 A la luz amortiguada  
 De lámpara dormilona  
 Que toleraba indolente  
 Que la cercaran las sombras,  
 En el peso de la noche  
 Más obscura y silenciosa,  
 Lúgubres y taciturnas  
 Se hallaban cuatro personas  
 Que convocaba el conflicto  
 En la época tormentosa  
 En que imperó enloquecida  
 Entre horrores la discordia:  
 Erase una el Presidente,  
 Todo dudas y zozobras,  
 Y Payno, Baz y Zuloaga  
 Eran las personas otras;  
 Después de ciertos preludios,  
 De pueriles ceremonias  
 Que por frívolas desprecia,  
 Con justicia, la memoria;  
 Rompiendo el hondo silencio  
 Comonfort, en frase pronta  
 Dijo á Baz manifestase  
 Sin reticencias ni sombras  
 ¿Qué pensaba de la Carta  
 Que tiene de ser su norma?  
 —Opino que es imposible  
 Marchar con ella, que acorta  
 Al Poder las facultades  
 Cuando todo se trastorna.  
 Que si en liberal sentido  
 Se dictaran las reformas,  
 Respondo que mi partido  
 Sin vacilación las opta.  
 La aristocracia, señores,  
 Nos enerva y nos estorba  
 Y es forzoso, ó derrocarla

O declararse en derrota.  
 Zuloaga, cuyas creencias  
 Con la Carta Magna chocan,  
 Fué el eco del retroceso,  
 Pintó su acción poderosa,  
 Y al desbordarse terrible  
 Tal vez dentro pocas horas,  
 Porque á la puerta tocaba  
 La revuelta desastrosa.  
 Después de un largo silencio  
 En que las almas absortas  
 Parece que se volaron  
 Dejando allí cuatro momias:  
 —Estamos conformes, dijo  
 Comonfort, manos á la obra.  
 —Vamos, los tres respondieron  
 Con voces agrias y sordas.  
 —Vaya á Parrodi García  
 A preparar la maniobra,  
 Dijo uno.—A Moret yo escribo  
 Y Huerta que son personas  
 Que seguirán nuestras huellas  
 En empresa tan riesgosa.  
 A Siliceo encomiendan  
 Que á Doblado predisponga  
 Y con su grande talento  
 Fáciles haga las cosas.  
 Baz y Payno se encargaron  
 De séducir á Zamora,  
 Y amigos Veracruzanos  
 Que los dos tienen de sobra.  
 De los demás pormenores  
 Se exigió mayor demora,  
 Y cerró la conferencia  
 Despareciendo en las sombras  
 El carruaje en que un perjuro,  
 Con su conducta alevosa,  
 Manchó con fango y con sangre  
 Sus esclarecidas glorias.

## III

## PRONUNCIAMIENTO.

Al relumbrar de la aurora  
 Por los valles y montañas,  
 Al cantar los pajaritos,  
 La luz corriendo en las aguas;  
 A la ciudad se dirigen  
 Las tropas de Tacubaya  
 Con los tambores batientes  
 Y banderas desplegadas.  
 A su frente, espada en mano,  
 Se mira al general Parra,  
 Llegan á la Ciudadela  
 Entre repiques y dianas  
 Y hay sus vergonzantes gritos  
 De «¡Muera la vil canalla!»  
 Y «¡Que rabien los herejes,  
 Que al cabo la Virgen gana!»  
 La Constitución maldita,  
 Por la Iglesia excomulgada,  
 Al fin se hizo mil girones  
 En las manos de Zuloaga.  
 Así á Comonfort aplauden,  
 Así á Comonfort acatan;  
 Sólo los niños de teta  
 No saben que es pura *guanta*.  
 Como al inundarse el suelo  
 A luz, espantados saltan  
 Reptiles desconocidos,  
 Ignoradas alimañas,  
 Así de *mochos* y *mochas*  
 Se vieron extrañas caras.  
 Hay lluvia de charreteras  
 Y fandango de sotanas.  
 La capital entretanto  
 Se miró descuadernada.  
 En la Ciudadela impera  
 Con grande pompa Zuloaga,  
 Miguel Miramón y Osollo  
 En Santo Domingo mandan,  
 Y sin reserva ni ambages  
 El retroceso proclaman.

Gual, San Agustín ocupa  
 Y le torna en atalaya  
 Donde sereno y pacífico  
 La neutralidad declara;  
 La coalición representan  
 Prieto, Justo Álvarez, Salas,  
 Con las tropas de Picazo  
 Que en la Merced hacen guardia;  
 Y de San Pedro y San Pablo  
 Con intrepidez se encargan  
 Nacho Zaragoza, intrépido,  
 Miguel Blanco, rica alhaja  
 De la valiente frontera,  
 De que eran honor y gala.  
 El todo era la locura,  
 El descontento, la zambra,  
 Y Comonfort entre dudas  
 Sin remedio naufragaba,  
 Arrojando en un abismo  
 A nuestra infelice Patria.

## IV

## LEÑA AL FUEGO.

A ciegas, descaminado,  
 El verdugo de sí mismo  
 Pretendió borrar su crimen  
 Aislado y arrepentido.  
 Pero Miramón y Osollo  
 Están en Santo Domingo,  
 Y el triunfo del retroceso  
 Proclamaron decididos.  
 Ocuparon la Acordada  
 Luchando á brazo partido  
 Con Comonfort, que valiente  
 Resistencia oponer quiso;  
 Al fin se adhiere á Zuloaga  
 Que apareció de improviso  
 Jefe de aquel movimiento  
 De desventuras henchido.

## V

## OTRO PRONUNCIAMIENTO.

Peinaba canas Diciembre  
 En sus diecisiete auroras,  
 Cuando contempló á Palacio  
 Hecho de trastorno bola:  
 Desvelados oficiales  
 Que ostentan bufandas toscas,  
 Baladrones con divisas,  
 Con espadas y pistolas,  
 Con el cabello á la frente,  
 Gruesos puros en las bocas,  
 De alcohol despidiendo el tufo,  
 Andar sesgo y vista fosca,  
 En el comedor bebiendo  
 Grupos de intrusos se agolpan  
 Entre el humo de los puros,  
 Tapones, botellas, copas,  
 Y trajín de los sirvientes  
 En desenvuelta chacota:  
 Este es Palacio, Zuloaga  
 Manda y nadie se lo estorba.

## VI

## LIBERTAD.

En un oscuro cuartucho  
 A Juárez se le aprisiona,  
 Y allí fuí á darle la mano  
 Con decisión respetuosa,  
 Porque él era el Presidente  
 Y él representaba la honra.  
 Juárez estaba tranquilo  
 Esperando sin zozobra  
 A do el destino llevaba  
 De su existencia la proa.  
 Después sabe que está libre  
 Y sosegado el plan forma  
 De partir á tierra adentro  
 Con prudencia sigilosa.  
 A Don Sabás Iturbide

Por su compañero nombra,  
 Que era valiente, discreto  
 Y alma noble y generosa.  
 Nicolás Pizarro Suárez  
 Y Ruiz le forman escolta,  
 Y marcha la comitiva  
 En una humilde canoa  
 Que la deja en tierra firme  
 Al cabo de algunas horas.  
 En la capital, Zuloaga  
 El mando supremo toma  
 Mientras que en el alma el luto  
 Y en la frente la deshonra,  
 Sin poder y sin amigos,  
 Seguido de escasa tropa,  
 Comonfort urgido busca,  
 Por la pena que le agobia,  
 De Veracruz el camino  
 Para esconderse en Europa.

Agosto de 1896.